



Este emocionante artículo está escrito por Claude Bregheon. Para que todos me entendáis, os diré que Claude Bregheon es Claude. Francés por muchos títulos, es renteriano por vocación. De Francia le viene su afán razonador, su claridad, su amplitud y su rigor. No obstante, nos hace el homenaje de saber abdicar de alguna de estas cosas, cuando él cree que sobran, para ser un renteriano más.

He aquí — escrito directamente en un castizo castellano — el manifiesto de su devoción por Rentería.

¿Quién será, amigos lectores, el atrevido que desde su casa de París emprende el inventario de vuestro pueblo? Sin duda alguna, uno de esos estúpidos extranjeros que suelen invadir vuestras carreteras durante el verano... Efectivamente, amigos míos, es uno de ellos... pero, éste tiene la particularidad de no conformarse sólo con molestaros con su presencia durante los meses de julio o agosto, sino en cualquier época del año y, en el momento menos pensado, suele hacer una aparición por vuestro «txoko». Aunque está en París, sus ojos siguen clavados en vuestros amados paisajes, cuyas imágenes adornan su despacho, por no decir que están grabadas en su corazón.

Su osadía es tan grande, que hoy se apodera de las páginas de vuestra Revista anual para señalar sus impresiones sobre vuestra villa. Hasta ahora, este honor había sido reservado exclusivamente a los hijos auténticos del pueblo. Perdonadme... Perdonad mi atrevimiento, esta vez me siento verdaderamente asustado por mi audacia. Me metería bajo el ala del gallo que simboliza a Francia. ¿Con qué derecho, yo, francés, me atrevo a hablar de Rentería y de los renterianos? Con el miserable derecho de los hombres que se creen aptos para hablar de la vida terrena y que mueren niños sin, ni siquiera, haber vivido cien años. Quizá sencillamente, con el derecho que me enseñó G. Bernard Shaw «el mejor medio de familiarizarse con un tema, es consagrarle un libro», pero, como no soy G. Bernard Shaw (ni muchísimo menos) me conformaré con escribir un artículo.

Nos encontramos a veces en situaciones raras. Los acontecimientos nos han arrastrado poco a poco y con la mayor naturalidad, pero un buen día no podemos evitar el preguntarnos cómo hemos llegado a este punto. Si, por ejemplo, os encontráis una mañana escribiendo en un idioma que no conocéis por completo, un artículo destinado a los habitantes de un pueblo del cual no habíais oído hablar hasta pocos años antes, tendréis motivos de sobra para extrañaros. Es durante una de estas mañanas cuando escribí las líneas que constituyen el prólogo de este artículo. Entonces es cuando empecé a meditar sobre las

razones que me habían llevado hasta esta situación. He aquí el resultado de aquella meditación.

Todo empezó un día de agosto del año 1953, y por culpa de un amigo mío que se empeñaba en hacerme visitar Portugal y, como lo sabe todo el mundo, el camino más corto procedente de París, pasa por Rentería. Entonces (que el orgulloso gallo que representa a Francia me destruce con sus garras si miento) pasamos a la altura de la Alameda de Gamón sin hacerle el menor caso (debía de ser marea alta, puesto que de otra forma el olor del río nos hubiera llamado la atención). La Providencia nos debía castigar por nuestra indiferencia. Primero, nuestro viaje a Portugal fracasó lamentablemente y me convertí en el esclavo más dócil de vuestra villa.

La razón de esta esclavitud sería difícil de explicar pues vuestras cualidades, queridos renterianos, no son COSAS QUE SALTAN A LA VISTA. Me costó descubrirlas tras la máscara de modestia con que las tapáis, pero ellas son la base de mi conversión. Practicáis las mayores virtudes del mundo (Bondad, Generosidad) como si fueran moneda corriente y sin poner las mayúsculas con que nos creemos siempre obligados a adornar semejantes palabras. Hasta se podría escribir que vuestras cualidades son el anverso de vuestros pequeños defectos. Sois bulliciosos, despreocupados, inexactos en las citas, etc.; pero el milagro es que sois también entusiastas, generosos y atentos con vuestros amigos. Si el día de mañana llegarais a ser disciplinados, exactos y silenciosos, creo que una gran desgracia se abatiría sobre el mundo, pues sois el contrapeso necesario al escepticismo y al silencio amenazador de nuestra época.

Preservados y escondidos por vuestros montes (o por vuestras tradiciones) tenéis la posibilidad inaudita de conservar intactas vuestras virtudes y de transmitir las a vuestros hijos tal como las habéis recibido de vuestros padres.

Una de vuestras expresiones favoritas para hacer callar a un pelma es la de «OLVIDAME». Pues sería una suerte inverosímil poder decir también a nuestro siglo «OLVIDAME» y

de imponer el silencio a sus malas influencias. Esta suerte la tenéis vosotros, está a vuestro alcance, y vuestro deber es el de aprovecharla para enseñar a los hombres qué hermosa podría ser la vida si consintieran en no tomar ninguna iniciativa en ella y entregarse por completo a la Providencia (teniendo presente que éste es uno de los numerosos pseudónimos con que el Todopoderoso suele firmar su obra). Este es el papel que el Creador quiso para vosotros: «Ser una muestra de su Obra», a la cual uno se puede referir para comparar su vida y distinguir lo que es bueno de lo que es malo. Para que tenga el extranjero un Oasis donde olvidar sus penas y ser feliz, cuando menos, durante unos meses una vez al año. Pero, lo repito, estas virtudes no son las que saltan a la vista del forastero que visita vuestro pueblo por primera vez. Este se dejará distraer o influenciar por el aspecto bullicioso que suele tomar vuestra plaza del mercado cuando las mujeres, cansadas de regatear con las caseras, se juntan para comentar las últimas faenas que hicieron los chicos el domingo pasado y no digo nada del aspecto más bullicioso aún que suelen tomar las calles de la villa cuando los chicos parecen hacer aquellas faenas sin más motivo que dar el placer de hablar a las mujeres.

Por el contrario, los montes que os rodean suelen ser más pródigos en revelaciones. Son ellos quienes me hablaron por vez primera de vuestra divina misión en este mundo. Saben mucho de vosotros. Han sido los testigos mudos de vuestra historia y, para los que sepan entender su idioma, tienen muchas cosas que contar.

Si por ejemplo, os tendéis una tarde a la sombra de los pinos del Jaizkibel, les oiréis cantar una hermosa canción. Empezarán por este llanto propio a todos los árboles del mundo, pero, de repente, entonarán otro canto más viril y orgulloso. Es un himno vasco que conocen ellos y cuyos versos hablan de Paz, de Amor y de gloriosas tradiciones. Su música mezcla sus notas con los gritos de los pájaros que se recrean en el firmamento y, por esta razón, no se la puede cantar mejor que allí arriba, cerca del cielo. Su autor debía ser un gran artista... Se dice que era un alma bohemia, un bardo que recorría las cimas de los montes encendiendo con su hermosa voz el fuego de su raza. ¿Quién no tendría en su pecho un rinconcito para rendirle su culto fervoroso? Yo, personalmente, admiro al hombre que supo dejar semejante testimonio de robusta inspiración. Pensando también en el estado en que encontró su lengua, la imagino como uno de esos viejos palacios que se ven en los montes: sin tejados, sin cristales en las ventanas, con los arcos de las ojivas rotos, cubierto de musgo el blasón de las puertas, con gallinas picoteando en el patio principal, cerdos tumbados bajo las columnatas de las galerías donde crece la hierba, palomas que vienen a beber en las grandes pilas de agua bendita, llenas de agua de lluvia y, por último, entre las ruinas, dos o tres familias de campesinos que se hicieron chozas entre los muros del viejo palacio. Pero, ocurrió que un día, el hijo de uno de estos campesinos se ilusionó ante estas grandes ruinas y se indignó al verlas profanadas así: a toda prisa, echó el ganado del patio principal, y ayudado por las hadas reconstruyó la gran escalinata, volvió a colocar el maderamen en los muros, alzó de nuevo las torres, redoró la sala del trono, reconstruyó el gran palacio de otros tiempos en el que habitaron reyes y emperatrices.

Ese palacio restaurado es — la lengua vasca

Ese hijo de campesinos es — Iparragirre.

Esto es lo que dicen los pinos del Jaizkibel (ya os había dicho antes que tenían hermosas cosas que contar).

Si se mira entonces hacia abajo, se ve un pequeño exágono de casas bendecidas por los dioses, en el cual todo está hecho para el hombre a su escala y para el mayor placer de su retina, de su paladar y de su corazón.

Se llama RENTERIA.

Es un país que no tiene igual, donde las granjas, las mansiones, hasta la iglesia, se hallan también inscriptas en el paisaje, que dan la sensación de haber nacido al mismo tiempo que él.

Un pueblo de quince mil planetas que opinan todos de un modo distinto y que no dejan de discutir para luego sacar en conclusión: «En el fondo, todos estamos de acuerdo.»

Extraño pueblo donde, en un minuto, encuentro alguien que me critica y alguien que me ama, y ¡oh milagro!, compruebo que se trata de la misma persona.

Amigos míos, bien me podéis criticar que yo mismo os lo hice a menudo.

Nos podemos perdonar mutuamente...

Pero me queda todavía hacerme perdonar por mis compatriotas franceses (apuesto que no será tan fácil). Se jactan de ser uno de los pueblos más privilegiados del mundo. Pues me perdonarán si les digo que el único privilegio que les reconozco es el de no tener más que pasar los Pirineos para estar en Rentería. Que no sean demasiado severos conmigo por haber escogido de vivir entre sus murallas durante mis vacaciones.

Pero ¡ay! ocurre algo más, ocurren cosas terribles. Ahora, si al pasear por las calles de Rentería me encuentro con un amigo que me invita a cenar en la Sociedad (y bien sabe Dios que esto es muy frecuente), heme aquí convertido en el invitado menos puntual de la cuadrilla. De la misma manera que los «sputniks», a partir de cierta altura escapan a las leyes de la gravedad, yo no me siento sometido a las leyes de la puntualidad francesa desde el instante en que he sido lanzado por este lado vuestro de los Pirineos. Estoy condenado. El Señor me castigará un día por haber sido educado con hermosos preceptos de exactitud y haber preferido a ellos las peores costumbres de los renterianos...

Mientras tanto, lo repito: colinas de Guipúzcoa o de Navarra, soy vuestro dócil esclavo. Y tú, Rentería, que te dejas absorber a lo largo de los días como los vinos de tus bodegones y que tiendes la copa al mundo con tu acostumbrada generosidad, amo tus palabras, tu cielo y tu luz. Amo tus frentes testarudas y despreocupadas y, por encima de todo, amo a esta manera que tienes de decir a nuestra época: **OLVIDAME.**

Amo todo en ti y a ti en todo.

R de Razón
E de Enamorado
N de Nobleza
T de Testarudo
E de Ejemplo
R de Riadas
I de Ideal
A de Amor

—Amo a Rentería—.

En París, a 18 de junio de 1958.

Claude BREGHEON